

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

Esta interesante coleccion comprende hasta el dia cerca de 300 comedias cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil de Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio Garcia Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas).
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio de Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Manuel Eduardo Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José Garcia de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronceda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia.
D. Ramon Navarrete.
D. Gaspar Fernando Coll. &c. &c.

MADRID.

LIBRERIAS DE CUESTA Y ESCAMILLA.

JUAN DANDOLO,

DRAMA

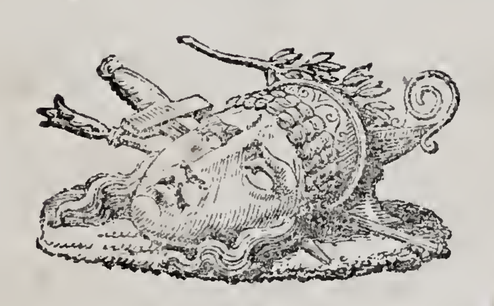
EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

Y

DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1839.

ACTORES.

JUAN DANDOLO. *(Bernardo Carabello.)*
MARIANA, *su hermana.*
JACOBO DAGOLINO.
PEDRO.
GASPAR, *gondolero.*
MAFFEI.
ISAAC BENJAMIN.
CABALLEROS VENECIANOS.

La accion pasa en Venecia á fines del siglo XV

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO *á la puerta de la casa de* BERNARDO. MARIANA *en el balcon.*

PEDRO.

¿Decís que esta noche?

MARIANA.

Sí;

esto solo le responde.

PEDRO.

Mas no me habeis dicho dónde
os ha de ver.

MARIANA.

¿Dónde? Aqui?

PEDRO.

¿A esta puerta?

MARIANA.

Sí; mas cuida

no noten á tu señor,
que en ello estriba mi honor
y acaso tambien su vida.

PEDRO.

No temais.

MARIANA.

Adios. (*Se entra.*)

PEDRO.

Por mas

que diga mi amo, no sé
de tanta cándida fé
lo que ha de alcanzar jamas.
Estos misterios de amor
que han de ser fatales creo
y trascienden á himeneo,

que no hay desdicha mayor.
Y ha de hacer esta muger
que caiga en tal desvarío!..
Ya no sois, pobre amo mio,
el que de antes solíais ser.
En otro tiempo era cosa
harto notable á fe mia,
encontraros mas de un dia
en los brazos de una hermosa.
Corrió un mes, y esta beldad
os está en su amor prendiendo:
máteme Dios si comprendo
tan rara fidelidad.

ESCENA II.

GASPAR. BERNARDO.

(Salen por el fondo á la izquierda del espectado)

BERNARDO.
Ya hemos llegado: bien puedes
volverte: toma.

GASPAR.
¿Qué haceis,
Monseñor?

BERNARDO.
¿Pues qué?

GASPAR.
¿No veis?
¡Oro!

BERNARDO.
Y bien?

GASPAR.
Tantas mercedes!

BERNARDO.
¡Oh! ¿por qué me hablas asi?
Monseñor!

GASPAR.
No dige nada.

BERNARDO.
¿No soy ya tu camarada

y tu hermano de armas, dí?

GASPAR.

¡Camarada! sí, bien dices;
esos tiempos no olvidé,
que no sé si llamaré
mas tristes ó mas felices.

BERNARDO.

¡Qué guerras!

GASPAR.

¡Qué mortandad!

BERNARDO.

Venecia, no como ahora,
del mar la reina y señora
se llamaba con verdad.
Sus nobles no envilecian
su existencia en los placeres,
ni como blandas mugeres
telas de seda vestian.
Ni en molicie regalada
hicieron del vicio alarde,
ni por el puñal cobarde
trocaron la dura espada.
Entonces no era el honor
como agora inútil nombre,
y era virtud en el hombre
esa virtud del valor.
Del campo la piedra dura
era en las lides su lecho,
y no temblaba su pecho
bajo la férrea armadura.
Ahora ya, prefieren viles
la esclavitud á la guerra,
arrastrándose en la tierra
como míseros reptiles.

GASPAR.

Es verdad, ¿mas cómo asi,
mudando conversacion,
de tan pobre condicion
tan rico te hiciste, dí?
Tú eras soldado, valiente,
es verdad, pero no mas

que un soldado, y rico estás
si ya tu porte no miente.
Las artes estan fatales,
y tu oficio de espadero
que no te produzca infiero.

BERNARDO.

Sí, por Dios; se hacen puñales.

GASPAR.

Pudiera ser... sin embargo,
todo eso, Bernardo, es humo.

BERNARDO.

¡Eh!

GASPAR.

Y acertarlo presumo.

BERNARDO.

¿Sabrás quizá...

GASPAR.

Me hago cargo.
Aunque de cierto lo ignoro,
quizá el secreto se encierra
en hacer de pobre tierra
florines de plata ú oro.
Secreto es ese que diz
que mas de un sabio encontró,
y aqueso presumo yo
que pudo hacerte feliz.

BERNARDO.

¡Bah! no es eso. Es mas sencillo
mi secreto.

GASPAR.

¿No haces oro?
Pues te hallaste algun tesoro
al levantar un ladrillo.
Eso á menudo lo ves.

BERNARDO.

Tampoco es eso, Gaspar;
no lo puedes acertar.

GASPAR.

¿Pues qué, tan dificil es?

BERNARDO.

No puedes, si yo no hablo,

el móvil de mi fortuna
conocer.

GASPAR.

Sin duda alguna
vendiste tu alma al diablo;
y si es asi, bien querria,
tal mi suerte es de cruel,
hacer amistad con él
para venderle la mia.

BERNARDO.

¿Cierto?.. (*Sonriéndose.*)

GASPAR.

Al mismo Belcebú
como riquezas me diera,
y feliz tambien me hiciera,
cual sin duda lo eres tú.

BERNARDO.

¡Feliz!.. no lo soy pardiez:
con todo mi corazon
cambiara mi situacion
por tu paz y tu honradez.

GASPAR.

Tú tambien eres honrado,
ó al menos siempre lo fuiste.

BERNARDO.

Cuando tú me conociste...
pero ese tiempo ha pasado.

GASPAR.

¿Es cierto?

BERNARDO.

Sí, por mi mal.

GASPAR.

Mi estado entonces prefiero.
¿Eres tal vez carcelero,
ó esbirro del tribunal?

BERNARDO.

No te canses; soy... (*Al oido.*)

GASPAR.

¡Gran Dios! (*Alejándose.*)

BERNARDO.

¿Qué haces, amigo?

GASPAR.

Me voy.
No puede haber desde hoy
amistad entre los dos.

BERNARDO.

Es cierto, sí; vete ya:
mi aliento puede mancharte.

GASPAR.

El cielo quiera arrancarte
de aquesa senda.

BERNARDO.

Ojalá.

ESCENA III.

BERNARDO *solo.*

Razon tiene; mas no veo
otro remedio en mi suerte
que el remedio de la muerte....
¡Dios sabe que la deseo!
¡Dios lo sabe que por tí
virtud y honor olvidé,
pobre Mariana! y yo sé
que no lo hiciera por mí.
De otro modo, sin ventura,
en lenta, amarga agonía,
otra vez marchitaria
la miseria tu hermosura.
Tú sufrias, en verdad;
yo no sé si resignada,
mas devorabas callada
tus lágrimas de orfandad.
Oh! no; que sufra yo solo
aunque Venecia me llame
con el nombre torpe, infame
del terrible Juan Dandolo.

(*Entra en su casa.*)

ESCENA IV.

JOCOBO *y* PEDRO.

JACOBO.

¿Eso, Mariana, te dijo?

PEDRO.

Eso.

JACOBO.

¿Que viniera?

PEDRO.

Sí;
pero aun no es hora.

JACOBO.

La noche
poco tardará en venir.
Entretanto, esperaremos...

PEDRO.

¿En dónde, señor?

JACOBO.

Aqui.

PEDRO.

¿Y si os viesen?

JACOBO.

¿Quién?

PEDRO.

Alguno:
llegómelo á prevenir...

JACOBO.

No me verán.

PEDRO.

Cuando espera
un caballero gentil
en una esquina arrimado,
queriendo el rostro encubrir,
no hay duda, señor, ninguna
que quien le detiene alli
son los ojos hechiceros
de un humano serafin.

JACOBO.

Nadie puede conocerme.

PEDRO.

Como gusteis; yo por mí...

JACOBO.

Entretanto de otro asunto
tengo que hablarte.

PEDRO.

Decid.

JACOBO.

Esta mañana he salido
del juego sin un cequí.

PEDRO.

Todos los dias á casa
de esa manera venís.
¿A qué es la nueva?

JACOBO.

Mi padre
se ha llegado á resistir
á franquearme sus arcas.

PEDRO.

Hace bien.

JACOBO.

Ya no hay ardid,
no hay medio ya de arrancarle
un miserable florin.

PEDRO.

Harto os ha dado.

JACOBO.

Es preciso
sin embargo, recurrir
á algun medio.

PEDRO.

Ya lo veo.

JACOBO.

Para ello he pensado en tí.

PEDRO.

¿Os burlais?

JACOBO.

¿Nó lo adivinas?

PEDRO.

Al punto, si lo decís.

JACOBO.

Vete á buscar en Rialto
al buen Isaac Benjamin,
un prestamista usurero,
y haz luego que venga aqui.

PEDRO.

¿Empeñais vuestra palabra,
ó vuestra firma?

JACOBO.

¿A qué fin
me lo preguntas?

PEDRO.

Porque
es tan miserable y vil
la condicion de esos perros,
que no darán un cequí
por la palabra y la firma
de un hidalgo tan gentil;
mas si teneis por ventura
alguna alhaja ruin
que valga el doble á lo menos
que la suma que pedís...

JACOBO.

Imposible.

PEDRO.

Y aunque guarde
larga madeja sutil
de perfumados cabellos...

JACOBO.

¿Te atreves eso á decir?

PEDRO.

El hebreo, que como hombre
de talento valadí,
su precio ignora, y no sabe
que bañada de jazmin
en otro tiempo besaba
con voluptuoso bullir
el peregrino contorno
de algun cuello de marfil,
la dejará en vuestras manos,
reservando para sí

los diamantes que la guardan,
y el oro que es tierra vil.

JACOBO.

¿Y no hay otro medio?

PEDRO.

Yo
no lo alcanzo.

JACOBO.

Con que al fin
será preciso... ¿y si ella
lo llegase á presumir?..

PEDRO.

No es fácil.

JACOBO.

En hora buena.
Ve en busca de Benjamin,
y aqui os espero... mil doblas
le pedirás.

PEDRO.

Lo haré asi.

ESCENA V.

JACOBO.

No lo sabrá... la fortuna
no siempre ha de ser contraria,
y las manos de un judío,
aunque profanen, no manchan.
Presto volverá á las mias,
para que de ellas no salga
esta prenda de tu amor,
que un rico tesoro guarda.
Estos hermosos cabellos
que blando perfume exhalan,
y mil veces resbalaron
sobre tu desnuda espalda,
tornarán, yo te lo ofrezco,
porque consuelan mis ansias
cuando ausente de tus ojos
dolientes mis horas pasan.

(Un hombre embozado pasa silenciosamente por el fondo y llega á la casa de Bernardo.)

¿Qué es esto? un hombre que oculta
en el embozo la cara,
paró á su puerta: sospechas...
¿Quién puede ser? ahora llama.

(La puerta se abre y el embozado entra como recatándose.)

¡Le abren! el diablo me lleve
si aquesto no tiene trazas
de amorosa cita... ¡Cielos!
¡infiel ella! Mariana!
no es posible; mas lo cierto
es que entró, que le aguardaban...
Oh! yo tambien entraré,
asi veré si me engaña.
(Va á llamar y se detiene.)
Ah! que los celos me ciegan...
¿no puede entrar en su casa
hermano, padre ó marido?...
Pero dudarlo no basta.

ESCENA VI.

JACOBO, PEDRO. ISAAC BENJAMIN.

PEDRO.

Isaac Benjamin.

JACOBO.

Bien vengas,
judio.

ISAAC.

Que os guarde Dios.
Hame dicho este criado
que con mucha precision
necesitabais mil doblas
sobre alhajas de valor.
La cantidad es inmensa;
mas si permitierais vos
que viese la prenda...

JACOBO.

Es justo,

mírala.

ISAAC.

¡Dios de Jacob!
bien lo merece, hay diamantes
claros como el mismo sol.
Poco á la verdad, mil doblas
para tal alhaja son;
y si quereis...

JACOBO.

No, me basta.

PEDRO.

¿Sacais el cabello?

JACOBO.

No,
asi para rescatarlo
será el conato mayor.

ISAAC.

Tomad y contad.

ESCENA VIII.

(*Mientras* JACOBO *cuenta el dinero, salen de la casa* BERNARDO *y el embozado.*)

BERNARDO.

Ya sé...
conozco mi obligacion
y quedareis satisfecho.

PEDRO (Á JACOBO.)

Dos hombres salieron.

JACOBO.

¡Dos!
mira y disimula.

BERNARDO.

Pero
os advierto, Monseñor,
que si á todo me convengo,
al precio que decis, no.
(*El embozado le da un bolsillo.*)
Fui soldado, y en mi pecho
late un noble corazon,

y os juro que no me agrada
herir con golpe traidor.
Un hebreo no es de cierto
un enemigo feroz,
y en este caso...
(El embozado vuelve á darle dinero.)
Ya veo
que me entendeis: ¿os vais? oh!
aun me resta por haceros
la postrera reflexion.
Si he de estraer los papeles
que consigo lleva, estoy
pagado como asesino
pero no como ladron.
(Vuelve á darle dinero el embozado.)

PEDRO.

Si nos vén...

JACOBO.

Disimulemos:
cabal está.

PEDRO.

Alzad la voz
no noten que recelamos.

JACOBO.

Isaac Benjamin, adios.
Al pronunciar Jacobo estas palabras, el embozado llama la atencion de Bernardo mostrándole con la mano al judio. Bernardo hace un movimiento de cabeza, indicando que lo ha comprendido. El embozado se vá.)

ISAAC.

Adios, noble joven.

BERNARDO.

Vaya,
que casualidad mayor!..
(Se va Isaac y Bernardo le sigue.)

JACOBO.

¿Quiénes pueden ser?

PEDRO.

Su hermano
es el uno de los dos

sin duda.

JACOBO.

Como has sabido?..

PEDRO.

Hace un instante, mas nó
todo lo que yo quisiera.

JACOBO.

Pero en fin...

PEDRO.

Supe que son
de pobre origen... él vive
á costa de su sudor,
que es un armero.

JACOBO.

Imposible.

PEDRO.

Yo no alcanzo esa razon;
sin embargo, para luego
lo preguntaré mejor.

JACOBO.

Pienso que baja.

PEDRO.

Cuidado
con revelarla que vos
indagais...

JACOBO.

Ni una palabra:
no te alejes.

PEDRO.

Cerca estoy.

ESCENA VIII.

Sale MARIANA.

JACOBO.

Te veo al fin... ya creia
que no vinieses.

MARIA.

¿Por qué?
¿Es tan tarde?

JACOBO.

Sí á fé mia,
que sin tu luz no vivia
todo el tiempo que esperé.
La impaciencia es un dolor
si nace de tal amor
como este que el alma abriga,
que da tormento y fatiga
solo porque da temor.

MARIANA. (*Con melancolia.*)

Jacobo, ¿tanto me amais?

JACOBO.

¿Eso preguntais, señora?

MARIANA.

(¡Gran Dios!)

JACOBO.

¿Acaso dudais?...

MARIANA.

Dudar, dudára en buen hora.

JACOBO.

¿Eso decis, y llorais?
Malhaya quien de esos ojos
causa los duros enojos...
¿quién, señora, te ofendió?

MARIANA.

Nadie, sino quien buscó
placeres y encontró abrojos.
Yo misma soy de mi mal
la causa, que loca, insana
alimenté criminal
una pasion inhumana
que habrá de serme fatal.
Y al fin, es llegado el dia
temido, aunque no esperado...
llegar por fuerza debia
y nuestro amor descuidado,
eterno el placer creia.

JACOBO.

Habla, ¿qué puede en el mundo
nuestro afecto contrastar?
¿De qué nace ese pesar

que con dolor tan profundo
miro en tus ojos brotar.
Celoso, adusto y sombrío
tiraniza tu albedrio
de algun marido el rigor?
dilo, y el enojo mio....

MARIANA.

Es mas honesto mi amor.

JACOBO.

Perdona si te ofendí,
que nunca supe quien eres
por mas que lo pretendí:
siempre sois todas asi
misteriosas las mugeres.

MARIANA.

Sí, misteriosa, es verdad,
pero es un secreto horrible!...
niña, en mi mejor edad,
sobre mí pesa terrible,
funesta fatalidad.

JACOBO.

Dilo pues.

MARIANA.

Nunca.

JACOBO.

¿Por qué?

MARIANA.

Es imposible.

JACOBO.

Y no mas
que esa razon... oh! ya sé
por que otra razon no das...

MARIANA.

No lo sabes.

JACOBO.

Sí, sí á fé.
¿Quién lo duda? arrepentida
de amarme, en otra pasion
acaso el alma engreida...

MARIANA.

¿Eso piensas?

JACOBO.

Fementida!
nunca esperé tal traicion!

MARIANA.

¡Calla! ¿no te amo? si fuera
eso que dices verdad,
ni estas lágrimas vertiera,
ni en mi doliente ansiedad
por tí mi vida espusiera.

JACOBO.

Tu vida!

MARIANA.

¿Sabes que el cielo
puso un muro entre los dos?

JACOBO.

No lo sé, pero recelo
que estais gozando, por Dios,
en doblar mi desconsuelo.
¿Quién hay que pueda romper
tales, tan sagrados lazos?
sutilezas de muger
que dan al alma placer
para romperla en pedazos.
Gozais en vender amores
á precio de un corazon,
y con halagos traidores
guardais entre blancas flores
el veneno y la traicion.

MARIANA.

Jacobo!

JACOBO.

Bajando estás
los ojos avergonzada!

MARIANA.

Esto, ¡Dios mio! ¡esto mas!

JACOBO.

Mariana... adios...

MARIANA.

Desdichada!

JACOBO.

Para siempre adios!

MARIANA.

¿Te vas?

JACOBO.

Tú lo quieres.

MARIANA.

Mas dudando
de mi amor... dudar asi...
¿no ves lo que estoy penando?

JACOBO.

Decidme pues... ¿hasta cuándo
quereis burlaros de mí?
Ya sé, señora, ya sé
que sois llorando funesta,
y esa mi desdicha fué,
que el alma, la vida y fé
aquese llanto me cuesta.

MARIANA.

Oid... la suerte importuna
no como á vos me halagó
y es tan oscura mi cuna,
que no habrá muger ninguna
tan humilde como yo.
Y aunque es verdad que os adoro,
y que este amor es mi vida,
Jacobo, tampoco ignoro
que profano mi decoro,
viviendo en él engreida.
Porque con tanta aficion,
no siendo mi suerte igual
aunque igual mi corazon,
ser tu esposa fuera un mal,
y ser tu amante un baldon.

JACOBO.

¿Quién eres pues?

MARIANA.

Ahora bien,
dudes de mi afecto ó nó,
júzgueslo amor ó desden,
vete en buen hora... tambien,
tambien á sufrir voy yo.

JACOBO.

Espera.

MARIANA.

No, no es posible
aqui ya permanecer.

JACOBO.

¡Tanta perfidia es creible!

MARIANA.

Vete, Jacobo, es terrible
el amor de esta muger.

JACOBO.

Has de oirme.

MARIANA.

Presto, acaba...

JACOBO.

¿Piensas tú que mi pasion
blasones en tí buscaba,
ni otra cosa demandaba
que ternura y compasion?
¿Qué importan nobleza y oro
cuando hay amor y virtud,
y ese tan rico tesoro
que en tí frenético adoro
de hermosura y juventud?
Habla... y si puede bastar
mi mano á satisfacerte
únanos luego el altar,
sino es que quieres gozar
en mi desdicha y mi muerte.

MARIANA.

¿Juras al Dios soberano,
que es de tu oferta testigo,
darme de esposo la mano?

JACOBO.

Deme severo castigo
si juro su nombre en vano.

MARIANA.

Espera...

JACOBO.

¿Viene alguien?

MARIANA.

Sí;
¿ves un bulto?

JACOBO.

¿Quién será?

MARIANA.

Tal vez mi hermano. ¡Ay de mí!
que se acerca; vete ya.

JACOBO.

Observaré desde alli.

ESCENA IX.

BERNARDO. MARIANA.

BERNARDO.

¡Mariana!

MARIANA.

¡Tú tan presto!..

BERNARDO.

¿Te sorprendes?
¿no me esperabas, dí?

MARIANA.

No.

BERNARDO.

Y entre tanto
acaso el tiempo en que mi vuelta esperas,
no será como de antes sin encanto.

MARIANA.

No comprendo, Bernardo.

BERNARDO.

Por ventura.
¿no me he esplicado bien?

MARIANA.

Cierto...

BERNARDO.

¿En qué pasas
las horas tristes de la noche oscura?

MARIANA.

¿En qué, sino en rezar?

BERNARDO.

Bien lo comprendo,
y por esa razon á tales horas
buscando mas sublime santuario
y mas sublime altar, habeis salido
del humilde oratorio solitario...
mas no á citas de amor.

MARIANA.

Tales sospechas...

BERNARDO.

Sospechas... ¡Oh! tomad.

MARIANA.

¡Cielos, qué veo!

BERNARDO.

Joya es tuya, Mariana.

MARIANA.

¿Y cómo pudo
á tus manos venir?

BERNARDO.

No sé; mas mira,
mírala bien, hermana; es una prenda
de tiernísimo amor; mira que guarda
de tu cariño despreciada ofrenda.

MARIANA.

Yo...

BERNARDO.

¿No son estos, dí, los rizos bellos
que engalanaron tu nevada frente?
¿no es esta la color de tus cabellos?

MARIANA.

Bernardo!..

BERNARDO.

Y esta joya que tu hermano,
prenda de su querer te dió en un dia,
prenda es de liviandad, de amor insano
que hoy atestigua la deshonra mia.

MARIANA.

¡Deshonra! no es verdad: pura y sin mancha
fue mi pasion, Bernardo: este cariño,
que inundó el alma de inefable encanto,
es virginal, como el amor de un niño.

BERNARDO.

¿Quién lo duda? es verdad que no pagara
con igual espresion tan tierno afecto,
que tu inocencia y tu candor burlaron.
¿En qué mano presumes que esa joya
por desgracia encontré?

MARIANA.

Dime; no acierto
tanta infamia á creer.

BERNARDO.

¡Oh! el desdichado
no mas me infamará.

MARIANA.

¿Quién es?

BERNARDO.

Ha muerto.

MARIANA.

Ah! por mi culpa!

BERNARDO.

No; morir debia:
no le mató tu amor ni mi venganza...
fue su desdicha y la desdicha mia.

MARIANA.

¿Qué has hecho?

BERNARDO.

¿No lo sabes? ¿no sospechas
á qué grado de infamia y desventura
tu hermano se arrastró, ni á cuánto grado
por tí, por tu cariño, la memoria
de un padre y de una madre ha deshonrado?

MARIANA.

No lo digas por Dios.

BERNARDO.

Esto te asusta,
y sin embargo, hermana, en el delito
siendo conmigo igual, eres injusta.
Ambos su tumba sin pudor manchamos;
ambos escarnecimos su memoria...
ambos tambien es fuerza que muramos.

MARIANA.

¿Es un crímen amar?

BERNARDO.

¿Y si el infame
burlase tu candor?

MARIANA.

No, no es creible.

BERNARDO.

Mas si fuese capaz...

MARIANA.

¿No eres mi hermano?
Dejarle sin castigo era imposible.

BERNARDO.

Esto debe acabar: harto, Mariana,
zeloso de tu honor y tu inocencia
espié tus quiméricos amores...
tu soberbia ambicion, y tu imprudencia
han colmado mi vida de dolores.
Sí, en esas noches para mí sombrias
y hermosas para tí, cuando amorosa
á tus placeres ciega te entregabas
y sin pudor, en hora silenciosa
citas de amor á tus galanes dabas;
presa yo en tanto de infernal martirio
como el tigre tus pasos acechaba
espiando el momento del delirio.
Andrea Foscarini, el noble jóven,
mas que noble galan, de su señora
á la cita acudió... su pobre madre
su triste fin desconsolada llora.

MARIANA.

¡Tú fuiste!...

BERNARDO.

Aquel Filipo Trevisano,
opulento señor, turbó de nuevo
tu corazon, haciendo que olvidases
el triste fin del mísero mancebo.
Tambien era una noche bien oscura,
bien oscura por Dios, cuando acudia
á la cita fatal... combate horrible
fue aquel, porque su brazo era valiente

y era afrontarle á la verdad terrible.
Pero conmigo la razon luchaba....
cayó....

MARIANA.

Filipo... tú... tú le mataste...
tú mataste á los dos!... lo sospechaba.
Oh! con que á mí tan solo en este mundo
me es vedado el amar?...

BERNARDO.

Mal lo comprendes.
¿Por qué ambiciosa y ciega al amor torpe
de esos nobles sin fé solo te enciendes?
¿Sabes que hay una ley, una barrera
que á los hombres separa? esa es la cuna
y es el oro tambien; ¿cuál es, Mariana,
cuál es tu nacimiento y tu fortuna?
Mas si la valla quebrantando alguno
tu altivo orígen olvidar parece,
máscara es esa que engañoso toma,
milano es, que desciende de su altura
por devorar la tímida paloma.
Mas no temas jamás, mientras yo viva,
que la valla quebranten: si el milano
en derredor de tí su vuelo tiende,
á su pesar conozca, que la garra
del águila altanera te defiende.

MARIANA.

Sí, dices bien, á tanto desvario
es fuerza renunciar.

BERNARDO.

Pero esta noche
no esperas, dí, al galan?

MARIANA.

Bernardo, entremos;
ya mas no le he de ver.

BERNARDO.

Yo lo aseguro,

MARIANA.

Ven.

BERNARDO.

Yo le espero aqui.

MARIANA.

¿Qué dices? calla...
ya no vendrá esta noche, te lo juro.

BERNARDO.

Entra, yo aqui me quedo.

MARIANA.

No.

BERNARDO.

Si temes
mi indignacion, aparta; porque airado
no sea que en tí misma ensaye el golpe
que ha de herir al amante desdichado.

MARIANA.

¡Oh! no me apartaré.

BERNARDO. (*Sacando el puñal.*)

Pues bien...

MARIANA. (*Huye dando un grito.*)

¡Dios mio!

JACOBO. (*Sale.*)

Yo te defiendo.

MARIANA.

¡Ay, huye!

BERNARDO.

¡Miserable!

PEDRO.

Venid...

MARIANA.

Huye, Jacobo...

BERNARDO.

Estamos solos...
Desnudad vuestra espada... ved que arde
lleno el pecho de saña.

JACOBO.

Es imposible...
Con vos no he de reñir.

BERNARDO.

¡Tambien cobarde!

JACOBO.

Cobarde, nó.

BERNARDO.

Pues bien, aunque no lidies,

te mataré, villano.

JACOBO.

Bueno fuera.
á no estorbarlo yo.

BERNARDO.

Pronto veremos.
como lo evitarás.

JACOBO.

De esta manera. (*Vase.*)



ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

JACOBO. MARIANA.

JACOBO.

¿Recelar puedes de mí
que te salvo de un tirano?

MARIANA.

Jacobo, al fin es mi hermano.

JACOBO.

No obrára un verdugo así.
Pero está bien, tu escondite
á acertar no ha de valer
por mas que todo el poder
del infierno solicite.
Y aun si cupiera en tu amor
un pequeño sacrificio...

MARIANA.

Ya va por el precipicio
por lo menos el honor,
y prenda le creo á fé
sino buena, suficiente.

JACOBO.

Perdona, anduve imprudente.

MARIANA.

Y otra ademas te daré.
Si en ganar este aposento
temerosa consentí,
en que me guardes aqui
enamorada consiento.

JACOBO.

¡Oh! y en él te defendiera
del mundo entero á fé mia
porque eres mi luz, mi dia...

MARIANA.

¡Quién el porvenir supiera!
Acaso en la confusion
de estrepitosos placeres
has de abrir á cien mugeres
las puertas del corazon.

JACOBO.

Mariana, ó no te conoces
ó te ha mentido tu espejo;
pídele, por Dios, consejo,
que ha de desmentirte á voces.

MARIANA.

Muchos lo mismo me han dicho
creyéndome mas liviana;
pero al fin de una semana
tuvieron otro capricho.
Si tú como ellos un dia...
aparta, sueño importuno.

JACOBO.

Oh! nunca te amó ninguno
con tan ciega idolatria;
hasta el birrete Ducal
que el mismo Dux me ofreciera,
sin tí, amor mio, creyera
que me sentaba muy mal.

MARIANA.

Dime, Jacobo, si sientes
lo que diciéndome estás;
mas tal vez mañana vás
á confesarme que mientes.
Cuando sin vida tu padre,
libre y poderoso seas
y placer que no poseas
no encuentres como te cuadre;
cuando Jacobo en tutela
sea el conde Dagolino,
¿no celará su destino
de quien ahora no le cela?

JACOBO.

Destino no habrá mayor
que adorarte, y en verdad

que he de hacer con vanidad
ostentacion de tu amor.
Todos al pasar corriendo
y en derredor agolpados,
curiosos ó embelesados
¡cuán hermosa! iran diciendo.
Envidia de las mugeres,
ídolo de los galanes,
tú causarás sus afanes
y amargarás sus placeres.
Acecharán despechadas
cuando de tu casa sales,
las plazas y los canales
dejándote avergonzadas.
¡Oh! ¡por dios que es gran placer
el orgullo en la hermosura!

MARIANA.

Rebélase á tal pintura
cuanto tengo de muger;
porque... lo has adivinado,
sí, todas somos lo mismo;
orgullo, amor, egoismo,
guarda el corazon cerrado.
¡Oh! y frenéticas de amor,
hay momentos en que diéramos
cuanto amor hallar pudiéramos,
por un chal, por una flor.
Mas... (*Pensativa.*)

JACOBO.

¿En qué piensas mi vida,
que con secretos enojos,
se agolpa el llanto á tus ojos?

MARIANA.

¡Si esa pasion fue fingida!
si pasado un mes, un año,
fastidiado al fin de mí...
Dímelo, Jacobo, aqui;
me matará un desengaño.

JACOBO.

¿Qué dices, Mariana?

MARIANA.

Mira,
tal vez en este momento
en mil locuras consiento,
mas mi amor me las inspira.
Yo puedo por no perderte,
mirando á tu vanidad,
mostrarme por la ciudad,
satisfecha con quererte.
Aqui tus propios amigos,
mas que su necio murmullo
harto le pese á mi orgullo,
serán de tu amor testigos.
Si lo quieres, por tu dama,
por tu sierva pasaré:
todo, sí, lo arrostraré
que nada pesa á quien ama.
Mas si tras tanta pasion,
tras tanto envilecimiento
traidor otro pensamiento
te asaltara el corazon,
si un dia tal vez villano
como á esclava me despides,
entonces ¡oh! no te olvides
de que he tenido un hermano.

JACOBO. (*Aparte.*)

Altiva es la muchachuela,
y juro á Dios que me place;
de viento castillos hace,
mas ardimiento revela.
(*Alto.*) Estás de sueños, Mariana,
y de quimeras hablando;
¿por qué siempre recelando
estar hoy para mañana?

MARIANA.

Con ese temor no puedo,
Jacobo, celosa soy;
siempre tras tu sombra voy;
mas de perderla con miedo.
Mozo, audaz, enamorado,
hoy todo el amor lo vence,

mas temo que te avergüence
rico y noble lo pasado.

JACOBO.

Avergonzarme, ¿y de qué?
¿De adorarte, vida mia,
cuando altares te alzaria
para prendas de mi fé?

MARIANA.

Mas deliramos, por Dios;
¿y mi hermano?

JACOBO.

No dará
donde el escondite está
si lo queremos los dos.

MARIANA.

El descubre cuanto pasa,
Jacobo, en toda Venecia.

JACOBO.

En poco su vida aprecia
si acierta con esta casa.

MARIANA.

Es valiente.

JACOBO.

Y noble soy.

MARIANA.

Es celoso.

JACOBO.

Y soy amante.

MARIANA.

El te seguirá constante

JACOBO.

Yo tras él constante voy;
y aparta todo recelo,
que pues yo te guardo aquí,
no tendrán rastro de tí
ni las estrellas del cielo.

MARIANA.

Mas fuera lance cruel
que por guardarme de más
celándote de él, quizás
dieras mas pronto con él.

ESCENA II.

JACOBO *solo.*

Me siento cada vez mas hechizado,
mas orgulloso cada vez me siento,
y cuanto mas me arriesgo enamorado
mas crecen imposibles á mi intento.
Jorge, Maffei y Tiépolo decian :
«Nada conseguirás de esa altanera;»
y de un empeño tan tenaz reian
y ha reido á su vez Venecia entera.
Oh! la verán de mi pasion vencida,
avergonzados la verán, lo juro....
¿mas dónde? en esta cámara escondida
en este negro calabozo oscuro.
Héme aqui vencedor á quien condenan
á esconder con vergüenza su victoria,
pues que opuestas razones hoy me ordenan
callar á un tiempo y pregonar mi gloria.
Pedro. (*Llamando.*)

ESCENA III.

JACOBO. PEDRO.

PEDRO.

Señor.

JACOBO.

¿Has oido?

PEDRO.

Alguna cosa entendí,
y por cierto que no ví
galan mas comprometido.

JACOBO.

Me ama.

PEDRO.

Con el alma toda.

JACOBO.

Y en todo consentirá.

PEDRO.

Eso, el tiempo lo dirá
y todo el mundo en la boda.

JACOBO.

¿Qué estás de boda diciendo?

PEDRO.

¿Cómo pues; no os casareis?

JACOBO.

No.

PEDRO.

Pues vos os lo vereís,
que yo por mí no lo entiendo.

JACOBO.

Basta de chanzas por hoy,
y un buen consejo me dá.

PEDRO.

Yo, señor, no alcanzo ya
otro alguno por quien soy.

JACOBO.

¿Eso respondes por Dios?
¿Acaso, bribon, no fuiste
quien robarla propusiste?

PEDRO.

¿Por qué lo aceptasteis vos?
Dijisteis que era tan bella,
que era tan irresistible,
que dabais por imposible
vivir un punto sin ella.
Dijisteis que por su amor
dariais el paraiso...
y juzgué que era preciso
dárosla al cabo, señor.
No hallo de qué os irriteis
porque os serví causa alguna;
dijisteis, es mi fortuna...
en la mano la teneis.

JACOBO.

Eso... siempre se habla asi...
pero se entiende de modo...

PEDRO.

Es que yo lo entiendo todo

como me lo hablan á mí.

JACOBO.

Ponte, Pedro, en la razon
y hablemos claros: testigos
quiero á todos mis amigos
hacer de mi posicion.
Todos me dieron en ojos
con mi amante vanidad,
y ahora me importa en verdad
pasársela por los ojos.

PEDRO.

Pues casaros no quereis,
por imposible lo tengo.

JACOBO.

En lo dificil convengo.

PEDRO.

Vale mas que lo dejeis.

JACOBO.

¿Dejarlo? por vida mia
que estás de sobra importuno:
¿pescador hubiera alguno
que á tal se resolveria?
Dejarlo cuando ya está
toda Venecia en acecho,
y si no dan con lo hecho
van á los alcances ya?
Me apedrearan en Rialto
y á fé que lo mereciera,
que al menos confesar era
que vivo de aliento falto.

PEDRO.

Si tan decidido estais
yo sé en ello lo mejor:
dad desde hoy á vuestro amor
cuanto escándalo podais.

JACOBO.

¿Eso propones?

PEDRO.

Sois noble,
esperais grandes riquezas,
y á empezar vuestras grandezas

teneis con derecho doble.
Si fuérais un gondolero,
un soldado, ya se vé,
contra ello clamára á fé
el dux y el estado entero.
Pero en vos no será nada,
yo sé que os lo aplaudirán,
á lo mas, lo mas, dirán
que es una calaverada,
y teneis tantas á cuenta
que poco importa una mas.

JACOBO.

No me ha importado jamas
por una ni por sesenta.
Mas fuera necia locura
sin estrema precaucion,
dar tamaña ostentacion
á tan audaz aventura.
Pero aun con suerte leal
seria ese intento vano:
ese maldito de hermano
¿no tiene en los sesos sal?

PEDRO.

Con oro...;

JACOBO.

Será altanero,
y si en honra no ha nacido,
¿qué villano no ha creido
que fue siempre caballero?

PEDRO.

Si vano el oro desprecia,
con acero se le paga.

JACOBO.

¡Vil, te atreves...!

PEDRO.

Oh! si hay plaga
de acreedores en Venecia!
En no pudiendo cobrar,
el que primero se atreve,
ó el deudor mata al que debe
ó el otro al que ha de pagar.

JACOBO.

¿Y tal, villano, propones
á Jacobo Dagolino?

PEDRO.

Cada cual va á su camino,
y hay quien le anda á tropezones.
Consejo me habeis pedido,
y os he dado mi consejo:
á voluntad os lo dejo
y nada habemos perdido.
Quisísteis pronto llegar
y por el atajo eché;
si torpe el camino erré
aun se puede remediar.

JACOBO.

Hacer de una muchachada
un lance tan criminal,
nunca, Pedro, pensé tal.

PEDRO.

Perdonad...

JACOBO.

Va perdonada.

PEDRO.

Pero cosa tan mezquina
hallar un acreedor es,
que se encuentra á dos por tres
á vuelta de cada esquina.

JACOBO.

¿Aun piensas infame en ello?

PEDRO.

Luego, anda tanto maton,
tanto hidalgo valenton
que riñe por un cabello...
y en fin, no es señor mi intento
dudar un punto de vos,
mas aquí para los dos
me dá este asunto tormento.
Tengo un no sé qué...

JACOBO.

Despacha,
¿tienes miedo?

PEDRO.

Acaso, acaso...
y me temo algun mal paso
al fin con esa muchacha.

JACOBO.

Acaba y no me atormentes,
¿qué temes, dí, qué recelas?

PEDRO.

Todas esas muchachuelas
son tan ligeras de mientes,
que si á sospechar llegara
que es vuestro amor, amor puro,
solo amor...

JACOBO.

¿No estás seguro
tal vez de que lo arreglara?
¡Oh! nada hay ya que temer
presa en mis lazos cayó
y el medio poseo yo
de guardar á una muger.

PEDRO.

No confieis demasiado,
que tal vez la confianza
á muchos con la esperanza
en las manos ha dejado.
Sin darla que sospechar
no podeis, en mi opinion,
cerrarla puerta y balcon
prohibiéndola mirar.
Y una seña á una ventana,
á media noche un gemido,
un guante, un papel caido
puede perderos mañana.

JACOBO.

Si llegase á tal estremo,
mi espada ¿no va conmigo?

PEDRO.

Todo el cielo me es testigo
de que por vos nada temo.
Mas cosa que desatina
tener acreedores es,

y es facil á dos por tres
hallar uno en cada esquina.
Y bueno es pensar en ello
cuando anda tanto maton,
tanto hidalgo valenton
que riñe por un cabello.

JACOBO.

No vas del todo sin tino,
y algo pesan tus razones.

PEDRO.

Si es mejor dar tropezones
que no dar con el camino.
Porque si el maldito hermano
quisiera reñir con vos,
sé muy bien qne entre los dos
lo arreglarais mano á mano.
Pero eso de consentir
en ponerse de vigia
toda una noche y un dia
para no veros venir;
eso de andar destacado
buscando siempre un objeto
y no dar con un sugeto
y volver desatinado
corriendo de ceca en meca,
para venir á parar
en que acaban de sacar
un cadaver del Giudecca.
Yo, señor, siento temello
mas lo temo y me aniquilo...
(Tengo la vida en un hilo
mientras Bernardo ande en ello.)

JACOBO.

Mas otro medio no ocurre,
una enfermedad, un viage,
la variacion de parage,
la necesidad... discurre.

PEDRO.

Pues, señor, no doy con él:
mientras que viva el hermano
cuanto se haga será en vano.

JACOBO.

¡Tambien es lance cruel!

PEDRO.

No paseis por ello pena;
lo haremos entre los dos,
y yo arreglaré con Dios
nuestra cuenta mala ó buena.
Yo buscaré á Juan Dandolo,
y por corta cantidad,
esta noche en la ciudad
hallará á Bernardo solo.
Juan sabe bien su papel;
beberán juntos quizás,
y unas palabras no mas
tendrá en la calle con él.

JACOBO.

Y yo he de pagar...

PEDRO.

No, no:
vos me haceis adivinar
dónde oro quereis dejar,
y de alli os lo quito yo.
Y con esto, de contado,
vos nada teneis que hacer,
y yo habré de responder
á mas, de haberos robado.

JACOBO.

¡Imposible!

PEDRO.

Pues mirad
que temo por vuestra vida:
al demonio está vendida;
tened de ella caridad.
Y á mas, ¿qué adelantareis
con tenerla aqui encerrada,
cuando nadie creerá nada
por mucho que lo conteis?

JACOBO.

Pero al menos, si eso fuera
por ejemplo, en desafio...

PEDRO.

Si asi es mejor, no porfio;
que sea de esa manera.
Mirad por ese balcon:
(*Va á una ventana.*)
¿veis en aquel esquinazo
un embozado, que un brazo
posa en el guarda-canton?

JACOBO.

Le veo.

PEDRO.

¿Le conoceis?

JACOBO.

No por cierto.

PEDRO.

Es Juan Dandolo:
parece puesto alli solo
para que vos le llameis.
Vuestra bolsa os he cogido;
(*Coge de una mesa la bolsa.*)
de un salto en la calle estoy:
llamo, pide, cuento, doy,
y negocio concluido. (*Vase de repente.*)

JACOBO.

Tente, Pedro... y vive Dios
que al cabo razon le sobra;
él se atribuye la obra,
él responda por los dos.

ESCENA IV.

JACOBO, *y vuelve* PEDRO.

PEDRO.

Aqui le tenemos.

JACOBO.

No verle me importa.

PEDRO.

Pues bien, retiraos.

JACOBO.

¡Con tiento por Dios!

PEDRO.

Será, lo prometo, conferencia corta.
Llevaos adentro la niña con vos;
cuidado que astuta la trampa sospeche.

JACOBO.

De mí te confia.

PEDRO.

Podeisla contar
un cuento bien largo, que el tiempo aproveche.
Sinó, dadla celos y hacedla rabiar.

ESCENA V.

DRO. BERNARDO *cón máscara y distinto trage del que usó en el acto anterior.*

BERNARDO.

En vela he pasado la noche y el dia;
¡ay de ellos, si necios la guardan aqui!

PEDRO.

Entra.

BERNARDO.

¿Qué me quieres?

PEDRO.

De grande cuantía
á darte un encargo te llamo.

BERNARDO.

Pues dí.

PEDRO.

La máscara deja; sepamos quien eres.

BERNARDO.

Si cumplo contigo, no importa quien soy.

PEDRO.

¡Que arriesgue un secreto á tu máscara quieres?

BERNARDO.

Mi rostro es muy feo, mi nombre te doy.
Yo soy Juan Dandolo, mi cifra es aquesta;
nas señas no tengo que aqueste puñal:
ve pues, si te basta, y el oro me apresta:
i es grande el empeño, será el premio igual.

PEDRO.

Empeño... no hay mucho; la muerte de un hombr
se quiere en secreto.

BERNARDO.

¿Es noble?

PEDRO.

Tal vez.

BERNARDO.

¿Del pueblo?

PEDRO.

Artesano.

BERNARDO.

Veamos su nombre.

PEDRO.

Veamos si aceptas.

BERNARDO.

Me sobra altivez.
Si es pobre y plebeyo me niego del todo,
que indigno es por ello gran suma exigir,
y es mengua miserias ganar de ese modo.

PEDRO.

Pecó.

BERNARDO.

Que se enmiende, dejadle vivir.

PEDRO.

A un noble ha ofendido, que muera le cuadra
Ve si has de matarle.

BERNARDO.

Cobarde es á fé.

PEDRO.

¿Cobarde?

BERNARDO.

¿No sabes, á un perro que ladra,
con qué se castiga?

PEDRO.

¿Con qué?

BERNARDO.

Con el pie.

PEDRO.

Es perro que muerde.

BERNARDO.

¿Valiente?

PEDRO.

Y de brios.

BERNARDO.

Pues vé si le nombras.

PEDRO.

Si aceptas me di.

BERNARDO.

Ya estás importuno, los bravos son mios:
huelgo en que resistan.

PEDRO.

¿Qué dices?

BERNARDO.

Que sí.

PEDRO.

¿Lo juras? ¿palabra me empeñas?

BERNARDO.

La empeño.

PEDRO.

Si dudas sabiendo...

BERNARDO.

Jamas dudé yo.

PEDRO.

Pues toma. (*Le alarga un bolsillo.*)

BERNARDO.

Que escuso dirás á su dueño.

PEDRO.

Son doblas y en oro.

BERNARDO.

Despues, ahora no.

PEDRO.

Bizarro eres.

BERNARDO.

Ya lo ves.

PEDRO.

¿En tal caso, está acabado
el negocio?

BERNARDO.

De contado;
mas dime el hombre quien es.

PEDRO.

Pues tu palabra te aprieta,
quitarás la luz del cielo
á Bernardo Caravello
espadero en la Piazeza.

BERNARDO. (*Aparte.*)

Aqui estaba, no mentí;
mis celos fueron leales:
mas no son tantos los males
cuando me tienen aqui.
¡Vive Dios!..

PEDRO.

¿Dudando estás?

BERNARDO.

No, pero en verdad que siento
que me cueste un juramento,
un Caravello no mas.

PEDRO.

¿Luego le conoces bien?

BERNARDO.

Como á mí mismo, y me pesa.

PEDRO.

Pues vé que nos interesa
que presto muerte le den.

BERNARDO.

Se la darán.

PEDRO.

Por si acaso,
y pues que su nombre sabes,
calcula antes que le acabes
la dificultad del caso,
y aprecia tu intrepidez.

BERNARDO.

Casi de balde lo hiciera,
que he pensado en que muriera
ese hombre, mas de una vez.

PEDRO.

Cien doblones. (*Mostrando la bolsa.*)

BERNARDO.

Hartos son,
y aun temo no merecellos.

PEDRO.

¿Dónde?

BERNARDO.

Aqui, vendré por ellos
cuando traiga la razon. (*Con intencion.*)

PEDRO.

Con que...

BERNARDO.

Pronto morirá.

PEDRO.

¿Cuándo?

BERNARDO.

Antes de media hora.
que sé que en acecho ahora
á pocos pasos está.

PEDRO.

Doble el premio será asi,
y no temas ser muy cruel.

BERNARDO.

Pronto doblarán por él...
(como no doblen por tí.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

PEDRO, *luego* JACOBO.

PEDRO.

Estamos al cabo, la cosa está hecha,
podremos al menos seguros vivir.
¡Qué diablo! la cuenta será un poco estrecha
que cuanto mas tiempo mas hay que añadir.

JACOBO.

¿Está concluido?

PEDRO.

Sin duda, es asunto
que notas no admite ni en contra ni en pró.

JACOBO.

Con que el pobre mozo....

PEDRO.

Contadle difunto.

JACOBO.

Por valiente pasa.

PEDRO.

Decid que pasó.
Ya con Caravello su odio es antiguo,
y en pagar su muerte le hicimos merced;
en sitio le tiene seguro y contiguo.

JACOBO.

¿Lidiarán acaso?

PEDRO.

Lo harán de una vez.

JACOBO.

¿Le diste las doblas?

PEDRO.

Tomarlas no quiso
y os pide disculpa.

JACOBO.

¿De balde lo hará?
No quiero esa cuenta; pagarle es preciso:
su causa y la mia tal vez mezclará,
y yo con un bravo que mata en la sombra
no pienso hacer nunca mi causa comun.

PEDRO.

Es hombre de garbo; valiente se nombra.

JACOBO.

Es vil asesino, cobarde...

PEDRO.

Segun.
El tiene su fama, su pueblo y su gente,
y hay quien sus hazañas le canta tambien.

JACOBO.

Jamas un infame podrá ser valiente,
y á mi me interesa que el oro le den.

PEDRO.

Dijo que en cumpliendo por ello vendria.

JACOBO.

Dáselo y que nunca le vuelva á ver yo.

PEDRO.

Sinó por su infamia, ¿de vos qué seria?

JACOBO.

Yo hallara algun medio.

PEDRO.

Pudiera que no.
En fin, como quiera seguros estamos;
no esteis por tan poco cabizbajo asi:
ya os dige denantes que si ambos pecamos,
yo llevo las cuentas por vos y por mí.

JACOBO.

¡Bellaco!...

PEDRO.

Y al cabo, señor, es lo cierto
que en ello ganamos á medias los dos:
yo, hablando de veras, en miedo del muerto,
y vos por mis cuentas el miedo de Dios.

JACOBO.

Ya basta. Apostado le aguarda en la calle:
no vuelva y Mariana le acierte á encontrar.

PEDRO.

(Inclinándose con aire socarron é hipócrita.)
¿Qué más á este siervo teneis que mandalle?

JACOBO.

(Con severidad.)
Que de él en tu vida me vuelvas á hablar.

ESCENA VII.

JACOBO.

Acaso el menguado, mejor merecia
por hombre á lo menos, como hombre morir...
mas es cuento largo; la culpa no es mia:
bien muerto está el muerto, dejadle dormir.
Ya ahora no es tiempo de duda ó temores;
¿qué importan los medios si llevan al fin?
desde hoy en el mundo no habrá mas que flores:
ábreme, pues, mundo, tu libre jardin.
Ven, crédula hermosa, que el mundo te espera,
la gloria te aguarda, de un dia quizás!...
mas breve y liviana, por último es gloria
y al menos un dia dichosa serás.
Por ese momento de triunfo mundano
la vida vendiera y el alma tambien...

mi casa es muy noble, mi padre ya anciano...
gran cosa es mi nombre llevándole bien.
Que me abra Rialto sus arcas de hierro,
que sacie mi orgullo, mi ciega ambicion,
y luego aunque doble la usura por yerro
y en prendas me pida mi propio blason.

ESCENA VIII.

JACOBO. MARIANA.

MARIANA.
Tan solo Jacobo aqui
y tan cabizbajo estás!
¿En qué pensabas?

JACOBO.
En tí.

MARIANA.
¡Si siempre hicieras asi!

JACOBO.
¿Y qué pudiera hacer mas?
Esclavo de tu hermosura,
ni un punto del pensamiento
puedo borrar tu pintura:
no pienso un solo momento
mas que en tu propia ventura.

MARIANA.
¿Y en que pensabas ahora
por mi ventura, mi amor?

JACOBO.
En que está cerca la hora
de que puedas quien te adora
nombrar do quier sin rubor.

MARIANA.
¡Oh! loca me has de volver:
tú me engañas.

JACOBO.
No en verdad.

MARIANA.
¿Con que pronto?

JACOBO.

Podrá ser.

MARIANA.

Aun no lo acierto á creer,
no me engañes por piedad.
Ve que te amo en tal manera,
que consentida ya de ello
si me faltaras, muriera,
que siento la vida entera
suspendida en un cabello.

JACOBO.

¡Engañarte! no por cierto,
¿y á qué tan raro capricho?

MARIANA.

Si estoy soñando no acierto;
el cielo, sí, me has abierto,
Jacobo, con lo que has dicho.
Repítemelo otra vez.

JACOBO.

Y otras ciento si lo quieres:
vas á ser en tu altivez
de toda Venecia prez
y rabia de sus mugeres.
En lo noble y poderoso
pocos se igualan á mí;
á tí, ninguna en lo hermoso;
tú bella y yo generoso,
¿quién no ha de envidiarnos, dí?
Mi amor dirá á mi riqueza
«dadla plumas, dadla chales,
cuanto quepa en su grandeza,»
y por ver tanta belleza
se poblarán los canales.
Cuando en mi góndola real
grite á mis esclavos.— ¡Sus!
y al agua! — habrá en el canal
quien te haga venia ducal
como á la esposa del Dux.

MARIANA.

Calla, sin aliento estoy
de placer, calla por Dios.

JACOBO.

Y tanto á aprestarte voy
que no ha de haber por quien soy
quien goze mas que los dos.

MARIANA.

Soy Jácobo tan feliz!
tan...

JACOBO.

Silencio, pasos siento
y vé que el menor desliz,
nuestra fortuna, infeliz
puede hacer en un momento.
(*Va á la puerta.*)
¡Una máscara! Sin duda...
Mariana, déjame solo.
De ese aposento te escuda
y estate allí sorda y muda.
(¿Si habrá cumplido Dandolo?)

MARIANA.

¿Tardarás?

JACOBO.

No; asuntos son
de casa en que estoy tratando.

MARIANA.

No me olvides!

JACOBO.

Esperando
me queda.

MARIANA.

Y desde el salon
puedo esperar escuchando.

ESCENA IX.

JACOBO BERNARDO.

JACOBO.

¡El es! (*Aparte.*)

BERNARDO.

(Ayudadme, cielos
á sugetar mi paciencia.)

JACOBO.

El cielo la dé prudencia
y no despierte sus celos.

BERNARDO.

Guardeos Dios.

JACOBO.

¿Qué me quereis?

BERNARDO.

Vuestro encargo concluí.

JACOBO.

¿Conmigo hablais?

BERNARDO

Con vos, sí.

JACOBO.

¿Acaso me conoceis?

BERNARDO.

Disimular es en vano,
¿no me habeis buscado vos?

JACOBO.

¿Yo buscaros? no por Dios.

BERNARDO.

(Hiere y esconde la mano.)
Sabed pues....

JACOBO.

Mas bajo hablad.

BERNARDO.

(Aqui está.) Digo que soy...

JACOBO.

Mas bajo. (Temblando estoy.)

BERNARDO.

Soy...

JACOBO.

Bien, comprendo, tomad.
(*Dándole la bolsa.*)

BERNARDO.

(Sin duda nos puede oir.)

JACOBO.

Es negocio concluido.
(*Despidiéndole.*)

BERNARDO.

(Pues á buscarla he venido,

sin ella no he de salir.)
(*Alto.*) Ya pueden desde este punto
darle...

JACOBO.

Mas bajo por Dios.

BERNARDO.

¿Le habeis muerto acaso vos
ó temeis aun al difunto?

JACOBO.

Idos.

BERNARDO.

(Parece que aprieta)
Me voy, y perded recelo,
que Bernardo Caravello
queda muerto en la Piazetta.

ESCENA X.

Dichos, MARIANA.

MARIANA.

Santo Dios, muerto mi hermano!

JACOBO.

Sal pronto, impostor, de aqui.

MARIANA. (*Con rabia.*)

¿Quién mató á mi hermano, dí?

JACOBO. (*Metiendo mano.*)

Sal pronto ó...

BERNARDO.

Tente, villano.
(*Quitándose la máscara.*)

MARIANA.

¡Ay de mí!

JACOBO.

¿Qué es esto, cielo?

BERNARDO.

¿No lo adivinas tú solo?
Es que viene Juan Dandolo
á vengar á Caravello.

JACOBO.

Pues bien, quien quiera que seas,
uno ú otro, vivo ó muerto,

que digas al fin te advierto
de una vez lo que deseas.

BERNARDO.

De una vez te lo diré:
quiero tu vida ó mi honor:
mira tú lo que es mejor,
que sin ambos no me iré.

JACOBO.

Vé tú lo qué bien te está
y consulta tu ambicion.

BERNARDO.

Corazon por corazon
y honor por honor me vá.
Eso te doy á elegir
y no hay mucho que dudar;
con ella te has de casar
ó conmigo has de morir.

JACOBO.

¿Y sabes?...

BERNARDO.

Todo lo sé,
que como el dux eres noble,
riqueza posees al doble,
no hay quien te compela á fé.
Mas sé, aunque es herencia corta,
que tengo honra y tengo hermana,
y pues la tengo villana
tenerla honrada me importa.

JACOBO.

Pues mira como ha de ser.

BERNARDO.

Todo lo tengo pensado;
darasme un papel firmado
tomándola por muger.

JACOBO.

¿Y mi padre?

BERNARDO.

Morirá,
que está viejo.

JACOBO.

Mas primero...

BERNARDO.

Pues no tiene otro heredero,
despues de muerto será.

JACOBO.

(¡No puedo con mi altivez
por Dios, en trance tan duro!)

BERNARDO.

Vé que mi paciencia apuro.

JACOBO.

Acabemos de una vez.
No me he de casar con ella
solo por ser condicion.

BERNARDO.

Pues venga tu corazon.

MARIANA.

¡Hermano!

BERNARDO.

Los labios sella.

JACOBO.

Ven, pues, á beber la hiel
que guarda con tu sentencia.

BERNARDO.

Es vana tu resistencia,
que vienen muchos por él.
A una voz, por la ventana
suben cuatro como yo.

JACOBO.

Villano!

BERNARDO.

Villano ó nó
tu corazon ó mi hermana.

JACOBO.

Bien está, dame el papel
y dicta su contenido.
(En la trampa me ha cogido;
mas si yo le cojo, ¡ay de él!)

BERNARDO. (*Dictando.*)

«Seis meses despues de muerto
tu padre, será la boda.»

JACOBO.

¡Gran pena!

BERNARDO.

No es esa toda.
La condicion falta.

JACOBO.

Es cierto.

BERNARDO.

Y si esa tregua vencida
no has salido de tu empeño,
escribe que me haces dueño
de tu honor y de tu vida.

JACOBO.

(Y hasta entonces, mentecato,
¿quién te ha dicho que tu hermana
no habrá muerto, y será vana
la condicion y el contrato?
¡Oh! me he de burlar de tí!)

BERNARDO.

Firma y cierra ese papel.
Yo me quedaré con él.

JACOBO. (*Con ironia.*)

¿Está bien?

BERNARDO.

Bien está asi.

JACOBO.

Y ahora en mas seguridad
pues que al fin me casaré,
casa y nombre la pondré
con decoro en la ciudad.

BERNARDO.

No lo pienses.

JACOBO.

¿Cómo no?

BERNARDO.

Guarda tu nombre y tu oro,
que desde hoy con mas decoro
sabré guardártela yo.

ACTO TERCERO.

Fin de una cena en el palacio Dagolino.—Algunos de los convidados en trages de máscara, como venidos desde el baile á la mesa.—En el fondo á lo lejos, el salon del baile.—Música y tumulto.

ESCENA PRIMERA.

DON RAMIRO. JACOBO. MAFFEI. PEDRO *(en pie) y seis convidados.* ANINA, ROSA, INES *y otras dos damas.*

JACOBO.

Ja! ja! ¿Don Ramiro, ya os ata la lengua
mi lácryma?

MAFFEI.

¡Bravo!

UNO.

Las copas tomad.
Dejemos á España: que á fiestas es mengua
llamarla al tumulto de nuestra ciudad.

OTRO.

Dejemos á España, no vale su gente
mas que para sangre verter en la lid.

OTRO.

Decid, don Ramiro, ¿y el noble valiente,
despues de un combate, no brinda en Madrid?

OTRO.

¿Qué vale que tengan Jerez en España?

OTRO.

Mejor estuvieran sus viñas aqui.

MAFFEI.

¿No se hacen botellas?

RAMIRO.

¿Y aquesto os estraña?
Se templan espadas y lanzas alli.

UNO.

Lo dicho; no hablando de sangre y de guerras,
no hay mas en las fiestas de España que hablar.

RAMIRO.

Con sangre regamos allá nuestras tierras,
y asi hasta el labriego se apresta á lidiar.

ROSA.

Mas hay, segun dicen, jardines floridos.

INES.

Y sotos pomposos.

ANINA.

Y dicen tambien
que al son voluptuoso de blandos sonidos
alegres comparsas de danzas se ven.

RAMIRO.

Houris, no se encuentran acaso tan bellas,
cual estas que agora cercándome están;
mas yo os aseguro, señoras, que entre ellas,
las hay que os causaran un punto de afan.
No hay blondos cabellos, teces de azucenas
con ojos que roban al cielo su azul,
mas hay serafines con teces morenas
por quien bota buques al agua Stambúl.
Brindemos á España, pais de placeres,
do ponen los moros su gloria y su eden.

JACOBO.

Brindemos, mas luego por nuestras mugeres
es fuerza que España nos brinde tambien.

RAMIRO.

Sin duda, no quita el cortes al valiente,
y es noble Venecia, pomposa ciudad.

JACOBO.

A España, señores, á su ínclita gente. (*Brindan.*)

RAMIRO.

Lácryma y Venecia, que dan libertad.

UNO. (*A Ines.*)

Ines, ¿no brindasteis?

OTRO.

¿Acaso te dieron
enojos las bellas del suelo español?
No temas, hermosa, yo sé que no vieron

cual la de tus ojos, la luz de su sol.

JACOBO.

Pedro, ¿de qué cuba sacaste ese vino,
que no bebe el conde?

PEDRO.

De la honda, señor.

JACOBO.

Pues rompe su copa, y en vaso argentino
escánciale chipre, que lo halla mejor.

UNO. (*A Rosa.*)

¿En qué piensas, Rosa?

ROSA.

En tí.

EL MISMO.

Por mi vida
que poco en tu mente posar me creí;
¿y á quién debo, dime, tan dulce guarida?

ROSA.

Tu voz, ¿en quién deja pensar sino en tí?

EL MISMO.

¿Y quién de una copa, tomando su tono
á oidos pequeños arregla la voz?
Apróntame Chipre, verás como entono
y hago gorgoritos como un ruiseñor.

JACOBO.

Anina, levanta la copa.

ANINA.

Brindemos.

JACOBO.

Al viento mas suave que sopla en el mar.

ANINA.

El brindis estraño.

JACOBO.

¿Pues qué no sabemos
que Giacomo vuelve?

UNO.

Pues es un azar.
¿Y el jóven Guarini?

OTRO.

Son ambos valientes.

OTRO.

El uno á lo menos.

JACOBO.

Y el otro.

ANINA.

Mas yo...

EL 1.°

Guarini es bizarro.

OTRO.

Son algo parientes.

OTRO.

Sí; por una deuda que el padre dejó.

UNO.

Brindemos primero.

OTRO.

Brindemos.

TODOS.

Brindemos.

JACOBO.

La historia vendrá de la deuda despues.

UNO.

Al viento mas manso.

OTRO.

Los vasos crucemos.

ANINA.

Mas ved, caballeros...

JACOBO. (*A Ines.*)

Las copas, Ines.

(*Brindis.*)

UNO.

Ahora, la historia.

ANINA.

Mirad bien, señores...

OTRO.

Anina, en nosotros secreto estará.

TODOS.

La historia.

UNO.

No hay cosa como unos amores,
tras de quien el diablo por último dá.

Mas ved...

EL QUE HA DE CONTAR.

Dos palabras.

TODOS.

La historia... la histori

UNO.

Anina, si al cabo se habrá de saber.

JACOBO.

Cuanto antes se sepa, mas pronto memoria
no quedará de ello.

OTRO.

Por fin ha de ser.

UNO.

Vogaba en el Lido ligera una tarde
la góndola Diana de Guiácomo; en pós,
haciendo en seguirla quimérico alarde,
la iban á lo lejos la pista otras dos.
Guiácomo volaba por esos canales,
cada vez vogaba su góndola mas.
No tuvo Regatta dos remos iguales,
que siempre las otras llevaba detrás.
Ya casi tocaba la arena olvidada
del puente que presta al palacio ducal
camino á la cárcel... paróse cruzada
la Diana en el medio del largo canal.
Ya solo alumbraba crepúsculo vago,
y solo confuso se oía el rumor
del ancho canal que desagua en el lago,
y al lejos del puerto discorde el clamor.
Las góndolas iban cercando á la Diana
cuando esta tocando la orilla, posó
en tierra una dama que huyendo liviana,
á un hombre en la playa por guarda dejó.
Y en vano tras ella á par se lanzaron
dos nobles que guardan las góndolas dos;
la espada en la orilla de Giácomo hallaron,
y en la misma noche cenaron con Dios.

TODOS.

¡Giácomo!

UNO.

¿Y la dama?

EL QUE CUENTA.

Silencio; la historia
á tanto no llega.

OTRO.

Anina, ¿qué tal?

JACOBO.

Señores ya basta: brindad en memoria
de ese que valiente venció en el canal.

UNO.

A Giácomo brindo.

OTRO.

Dios quiera que el viento
le traiga cuanto antes con oro y con bien.

JACOBO.

Escáncianos, Pedro, licor de Sorrento,
que ofusque á Ramiro de España el eden.
(Brindan: Don Ramiro y otros convidados se levantan.)

JACOBO.

¿Os vais, caballeros?

RAMIRO.

¿Y el baile no espera?

JACOBO.

Lo habia olvidado.

(OTRO *de los que se van.*)

¿Y vos no venís?

JACOBO.

Desaire á este lácrima hacer no quisiera.

VARIOS.

¡Justo!

D. RAMIRO.

Confesáos con él.

JACOBO.

Bien decís.

(Vanse todos, menos Jacobo y Maffei.)

ESCENA II.

MAFFEI. JACOBO.

JACOBO.

¿Ahí te quedas?

MAFFEI.

Ya lo ves.

JACOBO.

¿No bailas?

MAFFEI.

Cosa es por hoy
imposible, porque estoy
no muy seguro en mis pies.

JACOBO.

No te sirve eso de escusa,
que no hay uno, ¡vive el cielo!
que no tropiece en un pelo. (*Se sienta.*

MAFFEI. (*Bebe.*)

¡Es fuego este Siracusa!
¿Qué no te vas?

JACOBO.

¡No, pardiez!
Luego iremos al salon.

MAFFEI.

Asi me harás la razon. (*Bebe.*)
Plomo hirviendo es tu Jerez,
que convierte la alegria
en báquico frenesí.
Lácrima, esclávo! (*Bebe.*) Esto sí;
esto es néctar y ambrosía.

JACOBO.

Alegre estás.

MAFFEI.

¿Por qué no?
y tú desalmado y triste...
sin duda que no bebiste.

JACOBO.

Te equivocas... ¿Triste yo?

MAFFEI.

Mal hicieras... ¡Oh! el gozar,
esta es la vida, y reir
olvidados del morir,
y olvidados de pensar!
Y aunque mueran en su abril
mis ilusiones livianas,
y jamas cubran las canas

esta frente juvenil.
Sí, porque quiero llevar
al fondo del ataud
mi risueña juventud,
sin padecer ni temblar.
Llegue en buen hora mi fin,
mas sucumba como fuerte
y que me encuentre la muerte
á las puertas del festin.

JACOBO.

Tienes razon: yo comprendo
asi la felicidad.

MAFFEI.

De amores es nuestra edad,
y el amor crece bebiendo.
Brindemos.

JACOBO.

Como te cuadre...
Vino.

MAFFEI.

A mí...

JACOBO.

Pues vaya.

MAFFEI.

¡Vaya!..
á que tanta gloria haya
cual tuvo deudas tu padre.

JACOBO.

Respeta al que ya murió.

MRFFEI.

¿Y qué dice tanto hebreo
que con ardiente deseo
su fin tal vez esperó?

JACOBO.

Mi fin esperando están.

MAFFEI.

No pagas deudas?

JACOBO.

No pago.

MAFFEI.

Da esperanzas.

JACOBO.

Eso hago.

MAFFEI.

¿No hay oro?

JACOBO.

Si ellos lo dan.

MAFFEI.

¿Y apuran mucho?

JACOBO.

Si, á fé,
y aunque mi nombre me escuda...

MAFFEI.

¿Quieres pagarlos?

JACOBO.

Sin duda.

MAFFEI.

¿Y qué te falta?

JACOBO.

Con qué.

MAFFEI.

Yo sé un medio.

JACOBO.

¿Un medio? ¿cuál?

MAFFEI.

Yo tambien á veces debo...

JACOBO.

Adelante... eso no es nuevo,
mas la paga...

MAFFEI.

Esa es fatal.
Supon que el hebreo apura...
le pides luego el contrato
en que firmaste insensato
con el préstamo la usura.
De la intencion peregrina
nada sospecha el hebreo:
vuela en alas del deseo,
y al dar la vuelta á una esquina...

JACOBO.

Calla.

MAFFEI.

Y asi halló su fin
por ser mi acreedor tan solo
á manos de Juan Dandólo
el buen Isaac Benjamin.

JACOBO.

¿Tú fuiste?

MAFFEI.

¿Qué?

JACOBO.

¿Sabes, dí,
todo el mal que asi me has hecho?
El golpe que hirió su pecho
tambien me ha alcanzado á mí.

MAFFEI.

¿De veras?... ¡lance gentil!

JACOBO.

Dandolo tiene una hermana.

MAFFEI.

¿Hermosa?

JACOBO.

No es tan lozana
la flor del pintado abril.

MAFFEI.

Está de mas la poesia
y prefiero el canto llano.

JACOBO.

Por largo tiempo el hermano
ignoró la pasion mia.
Una noche bien fatal,
por tu invencion peregrina
halló Isaac en una esquina
de Juan Dandolo el puñal.
Una prenda de mi amor
cuando le hirió el hierro impio
llevaba el triste judio...
vieras alli su furor.
Buscome en fin con deseo
de matarme...

MAFFEI.

El lance es triste;

mas tú no lo consentiste
á juzgar por lo que veo.

JACOBO.

Robele la hermana.

MAFFEI.

¡Bravo!
esas son cuentas mas claras.
Siempre pensé te portáras
como quien eres, al cabo.

JACOBO.

Pero él, que do quier me espia,
cuando mas estoy tranquilo
pronto descubre el asilo
donde oculta la tenia.

MAFFEI.

¿Y en fin?

JACOBO.

Hízome jurar
que muerto que el viejo fuera,
su deshonra redimiera
con mi mano en el altar.

MAFFEI.

Pero Dandolo murió,
y aunque viviera, no creo
que en tan ciego devaneo
cayeras.

JACOBO

Nunca, eso no.

MAFFEI.

La danza empieza otra vez...
¿y de esa promesa insana
aun no ha venido su hermana
á reclamar?..

JACOBO.

No, pardiez.

MAFFEI.

¿Piensas que vendrá?

JACOBO.

Lo espero.

MAFFEI.

¿Y qué harás?

JACOBO.

Aun no lo sé.
Direla que ya olvidé
hasta si he jurado.

MAFFEI.

Pero...

(Vanse hablando: el teatro queda solo un instante.)

ESCENA III.

MARIAÑA *en traje de máscara.*

No está... cuidadosa
la sala crucé
buscándole en vano
cien veces y cien.
Estoy fatigada...
aqui esperaré,
que apenas ya pueden
tenerme mis pies.
(Se deja caer en una silla.)
La noche está oscura:
horror, lobreguez
del cielo encapotan
el ancho dosel.
Silencio de muerte
se nota do quier
canales y plazas
durmïendo á la vez;
la brisa no sopla,
que duerme tambien...
la noche es de cierto
terrible y cruel.
¡Si en vano este tiempo
llorando aguardé
con ciega esperanza
de loca altivez!
¡Si tantos delirios
y tanto amor fiel
habrán de hallar solo
desprecio y desden!

Entonces, amores,
piedad de muger,
yo dentro del pecho
guardaros sabré.
Amor, si á mis plantas
rendir no le ves,
la miel de tus flores
conviértase en hiel.
¡Ay, que si insensatos
burlaron mi fé,
de cierto la noche
terrible ha de ser! (*Pausa.*)
¡Oh, breves instantes
de plácido bien,
que fuisteis un tiempo
mi vida y mi ser!
Amantes delirios,
tornad otra vez
y al alma agitada
su dicha volved.
Mas ¡ay! que la noche
es horrible... aquel
fue un tiempo de gloria
que no ha de volver.
Me abraso... cual late
violenta mi sien!...
mas... ¡cielos! ¿me engaño?
Jacobo... sí, es él.

ESCENA IV.

MARIANA. JACOBO.

JACOBO.

¡Oh, talle celestial!

MARIANA.

Me ha visto.

JACOBO.

¿Qué haces
aqui tan sola en apartada estancia?
Cánsate el son de báquicos clamores,
ó acaso esperas misteriosa cita

del mortal que rebosa en tus amores?

MARIANA.

Lo has acertado... es eso.

JACOBO.

¿Sí? perdona...
cedo el puesto al galan.

MARIANA.

No... te esperaba.

JACOBO.

¿Conócesme?

MARIANA.

De cierto.

JACOBO.

Soy yo acaso
ese mortal feliz?

MARIANA.

¡Quién sabe!

JACOBO.

Acaba.

MARIANA.

¡Tú eres, Jacobo!

JACOBO.

Entonces, ¿por qué ocultas
tras ese rostro inmóvil tus facciones?
(*Quiere quitarla la máscara.*)

MARIANA.

¿Qué haceis, conde? soltad.

JACOBO.

Si eres hermosa,
cual lo presumo de tus ojos bellos,
de esa garganta tersa que engalanan
en lúbricas madejas tus cabellos,
¿por qué ocultas el rostro, mi señora?...

MARIANA.

Hermosa me creyeron algun dia,
luz me llamaron de brillante aurora...
yo no sé si lo fuí... mas lo creía.

JACOBO.

¿Mas no sabré quién eres?

MARIANA.

Sí por cierto;

mas temo...

JACOBO.

¿Qué?

MARIANA.

Que acaso has de enojarte
si ya en tu corazon dulces recuerdos
de un desdichado amor no tienen parte.

JACOBO.

¿Recuerdos de un amor?

MARIANA.

¡Ya no te agrada!
Ya la inquietud á tu semblante asoma,
y es menos halagüeña tu mirada.
¿Es posible que aún no me conoces?

JACOBO.

No por cierto.

MARIANA.

¡Oh! que sí, que ya en el rostro
te está el despecho desmintiendo á voces.

JACOBO.

¡Mariana!

MARIANA.

Al fin recuerdas...

JACOBO.

¿Cómo quieres
que olvidára un instante tus memorias,
que las memorias son de mis placeres?

MARIANA.

¡Ah, me amas todavía!

JACOBO.

Eso no he dicho,
ni eso quise decir... En su corriente
los dias á las cosas arrastraron,
borrando asi del alma indiferente
la ilusion de los tiempos que pasaron.
Este mundo, Mariana, es otro mundo;
el hombre que ahora ves es ya otro hombre,
que salvar debe de contacto inmundo
el esplendor de su orgulloso nombre.

MARIANA.

¿Qué dices?

JACOBO.

La verdad; lo que tú misma
debiste conocer en otros dias:
esa ciega pasion, alimentada
de una esperanza inútil, es ya fuerza
que sucumba al destino subyugada,
y que al poder de la razon se tuerza.

MARIANA.

Piénsalo bien, Jacobo, no es ya tiempo
de volvernos atrás, ni yo he venido
de una esperanza inútil halagada.

JACOBO.

Habla.

MARIANA.

¿Olvidaste ya que un juramento
para siempre nos liga?

JACOBO.

No, Mariana:
ni tú sin duda olvidarás tampoco
que con violencia entonces me obligaron
á que tuviera mi nobleza en poco.
Cierto es que perjuré, que esa promesa
que tu impudencia á recordar se atreve,
mas que por mi conciencia fue dictada,
de un asesino por el hierro aleve.
Suyo el perjurio fue, suyo es el dolo...
demándale ese infame juramento
al cobarde puñal de Juan Dandolo.

MARIANA.

Acabemos, Jacobo, ¿tú no sabes
que si á tus plantas mi soberbia humillo
es por piedad á tí?

JACOBO.

¿Piedad, señora?

MARIANA.

¡Me debes tanto amor!

JACOBO.

Eso sí creo,
de placer y me amor habla en buen hora.
Olvida lo demas: el leon regio
al carnívoro tigre no se enlaza,

ni es posible enlazar en torpe nudo
tu raza innoble con mi noble raza.

MARIANA.

Ten compasion de tí... por vez postrera
responde: ¿has olvidado que ofreciste,
muerto tu padre, recibir mi mano?

JACOBO.

Que lo ofrecí á Dandolo, ya lo viste.

MARIANA.

Tu padre ya murió.

JACOBO.

Tambien tu hermano.

MARIANA.

Si no fuese verdad...

JACOBO.

Lo sé de cierto:
en Florencia, por mano del verdugo,
en pago de sus crímenes ha muerto.

MARIANA.

¡Oh! pero aun vive su infeliz hermana;
piénsalo bien, y que vengarse puede,
y que si soy muger, soy veneciana.
¡Ay, si olvidando amores y promesas,
descuidado y tranquilo te adormeces...
mísero tú, que de leon blasonas,
si del tigre la cólera embraveces!

JACOBO.

Ya estais, señora, por demas cansada:
recordando esos locos devaneos,
teneis en mucho lo que tengo en nada.

MARIANA.

Me insultais ¡noble conde! porque debil
y humillada me veis, vil y cobarde,
burlais mi pena y despreciais mi ruego,
de tan negra maldad haciendo alarde.
¿Mi engañada pasion teneis en nada?
¿no temeis que del suelo se levante
la dignidad de la muger hollada?

JACOBO.

Basta ya, que es inútil la amenaza
y es inútil el ruego, ya os lo dije.

Nada puede Jacobo Dagolino,
el noble conde de opulenta cuna,
á la hermana deber de un asesino.

MARIANA.

Sí, el honor.

JACOBO.

No hay honor entre los tuyos,
ni cabe mancha donde no hay pureza.

MARIANA.

Tienes razon, Jacobo, ni tampoco
cabe piedad do la venganza empieza.

Abre la puerta y aparece en ella Bernardo con máscara.)

ESCENA V.

JACOBO. MARIANA. BERNARDO.

BERNARDO.

Guardeos Dios.

JACOBO.

Muy bien venido.

BERNARDO.

¿Conoceisme?

JACOBO.

¿Un antifaz
usais por rostro?

BERNARDO.

Es disfraz
que para entrar me ha servido.

JACOBO.

No es difícil de acertar,
baile de máscaras doy.

BERNARDO.

Por eso con ella estoy.

JACOBO.

Idos os ruego á bailar.

BERNARDO.

No vine á bailar aqui.

JACOBO.

¿Venis á hacer oracion?
no es creo iglesia el salon.

BERNARDO.

Es capilla para mí.

JACOBO.

Pesado estais por demas:
vengais por lo que viniéreis,
decidme lo que quisiéreis.
¿Os deben algo?

BERNARDO.

Quizás.

JACOBO.

¿De quién reclamais?

BERNARDO.

De vos.

JACOBO.

¿Es acaso alguna venta
no cobrada?

BERNARDO.

Es una cuenta
incompleta entre los dos.

JACOBO.

Hablad con mi mayordomo.

BERNARDO.

Solo con vos ha de ser.

JACOBO.

Mañana podeis volver.

BERNARDO.

¿Mañana? es muy tarde.

JACOBO.

¿Cómo?
¿Asi osais en mi palacio
levantaros hasta mí?
Salid al punto de aqui,
ó vive Dios!...

BERNARDO.

Mas á espacio.
Una deuda habeis conmigo:
y es fuerza que la pagueis.

JACOBO.

Mañana la cobrareis.

BERNARDO.

Al punto ha de ser os digo.

JACOBO.

Pues bien á cuenta tomad,
(*Alarga una bolsa.*)
y volvereis por el resto.

BERNARDO.

No, señor conde, no es esto;
esos papeles mirad.
(*Muéstralos.*)

JACOBO.

Eso es ya distinto asunto:
mas... mal negocio teneis;
mas os valdrá que dejeis
en su descanso al difunto.

BERNARDO.

Harto esa muger os dijo:
mirad lo que contestais,
y ruegoos que no seais
en la respuesta prolijo.

JACOBO.

¡Hola! señor valenton,
¿acreedor por poderes,
y abogando por mugeres
venis? ¡daisme compasion!

BERNARDO.

Mejor, conde, os estará
la compasion de los dos,
porque os juro que de vos
tambien compasion me dá.

JACOBO.

Mal forjais tan torpe dolo:
si yo ese papel firmé,
con quien en él me obligue
no es mas que con Juan Dandolo.

BERNARDO.

Solo quien reclama es él,
y pues deber confesais,
ved la respuesta que dais
que os pregunta ese papel.

JACOBO.

Vuestra impostura es bien vana:
en un cadalso espiró

Dandolo, y ya no soy yo
quien se casa con su hermana.

BERNARDO.

Es decir, que si viviera,
lo hicierais tal vez de miedo.

JACOBO.

(Conmigo mismo no puedo.)

BERNARDO.

¡Nunca tan vil os creyera!

JACOBO.

¿Sabeis á quien hablais?

BERNARDO.

Sí.

JACOBO.

Pues teneos, ¡vive Dios!

BERNARDO.

Teneos, mal conde, vos,
que os veis delante de mí.

JACOBO.

¿Yo á vos? ¡necio! ¿os olvidais
que á una voz, á una señal,
puedo echaros un dogal
al cuello?

BERNARDO.

¡Mucho fiais!

JACOBO.

Si aun fuerais Dandolo mismo,
¿no veis que por esa puerta
teneis á mi voz abierta
la eternidad y el abismo?

(*Mariana cierra á estas palabras la puerta del fondo.*)

MARIANA.

¡Corto, cerrándola yo,
el paso á la eternidad!

JACOBO.

¡Traidores!

BERNARDO.

(*Descúbrese.*) Conde, mirad.

JACOBO.

Cielos!

BERNARDO.

Os casais ó nó?

JACOBO.

¡Oh! ¡no alcanzo á comprender
si estoy, santo Dios, despierto!
¿pues Juan Dandolo no ha muerto?

BERNARDO.

Vedlo vos.

JACOBO.

No puede ser.

BERNARDO.

¿No me esperabas aqui?
¿Creiste en tu orgullo loco
que me importaba tan poco
mi honra y mi vergüenza á mí?
Porque tal vez no se oia
su formidable rujido
creiste al leon dormido,
mas el leon no dormia.
Tendido en la sombra espesa
puso á su cólera barras
mas al aguzar las garras
no perdió nunca la presa.
Porque un impostor villano
mi nombre acaso tomó,
fuera ¡el necio! se creyó
del alcance de mi mano.
De tí mal pagado á fé,
nuevas de mi muerte di,
de la tumba no salí
porque en ella nunca entré.
Te engañaste, vive el cielo,
creyendo tan torpe dolo,
porque si era Juan Dandolo
soy Bernardo Caravello.
Ve pues lo que has de elegir
y lo que has de contestar:
mañana te has de casar
ó esta noche has de morir.

JACOBO.

Mal esa audacia te está

cuando en mi poder te tengo.

BERNARDO.

Por una respuesta vengo:
ve pues quien me la dará.

JACOBO.

Respuesta sí te daré
y escúchame como empieza:
esta noche tu cabeza
al verdugo entregaré.
¡Hola!

(*Va hácia una puerta escusada; Bernardo se le interpone.*)

BERNARDO.

Tente mentecato;
¿no ves que tu voz sofoca
el son del baile que toca
en el salon inmediato?
Por la vez postrera, conde,
que una respuesta me des.

JACOBO.

Sal ó mueres á mis pies.

BERNARDO.

Te casas ó no, responde.

JACOBO.

No.

BERNARDO.

Pues como noble lucha,
ó como traidor te mato.
(*Riñen.—Golpes dentro.*)

JACOBO.

Allí tu sentencia escucha.

BERNARDO.

Con mi justicia me bato
y es mi confianza mucha.

JACOBO.

La puerta derribarán.

BERNARDO.

Será tarde.

JACOBO.

Muy temprano
para tí.

Mariana, que ha permanecido inmoble durante esta escena, como resuelta de una vez á dejar su lugar á su vengador, viendo que su hermano lleva la peor parte, esclama.)

MARIANA.

Piensa ¡oh hermano
en mis seis meses de afán!

JACOBO.

Mas ira tienes que brio:
pierdes tierra.

BERNARDO.

No lo sé.

JACOBO.

De un balcon te colgaré,
si queda el campo por mio.

MARIANA.

Dios te dé hermano valor!

JACOBO.

Es inútil esperanza.

MARIANA.

Con despecho.) Y quedarnos sin venganza,
es quedarnos sin honor.

A estas palabras Bernardo recobrando lo perdido, desarma y hiere en una mano á Jacobo.)

BERNARDO.

No le perderás á fé.

MARIANA.

¡Santo Dios! gracias te doy!

JACOBO.

Fuera de combate estoy:
¿mas quieres?

BERNARDO.

Sí.

JACOBO.

Pues dí qué.

BERNARDO.

Que mueras me importa solo.

JACOBO.

¡Indefenso, vive el cielo!

BERNARDO.

Es que siendo Carabello

soy aun tiempo Juan Dandolo.
Como Bernardo cumplí
lidiando hasta desarmarte:
falta á Dandolo su parte,
que hay dos personas en mí.

JACOBO.

(Todo el infierno en el pecho
me rebienta y me le abrasa.
Tener en mi propia casa
sobre mí mismo derecho!)
Ven, dime, infernal muger,
no basta que un Dagolino
dando á tu suerte camino...

MARIANA.

Jacobo, no puede ser.
Has ahogado mi esperanza,
me has hollado en mi dolor
y... ahora no vale tu amor
lo que vale mi venganza.

JACOBO.

Pues bien, no es tan tarde aún:
cuanto me pedis concedo;
¡ah! un dia... y aun hacer puedo
nuestra fortuna comun.

MARIANA.

No, te amé como á mi Dios,
vine á postrarme ante tí,
tú me escupistes asi
y no hay medio entre los dos.

JACOBO.

Mas luego...

BERNARDO.

Es vano decir.

JACOBO.

Cuerpo á cuerpo...

BERNARDO.

Es delirar.

JACOBO.

Con oro...

BERNARDO.

Arrójalo al mar.

JACOBO.

Te salvára...

BERNARDO.

Has de morir.

JACOBO.

Mañana...

BERNARDO.

¡Quimera vana!
nada hay aquí que te asombre:
hoy pronunciarás mi nombre
y á mí me ahorcáran mañana.
Muere. (*Vase á el.*)

MARIANA.

No puedo ya mas:
de tanta crueldad me espanto.

JACOBO.

¡Traidores!

MARIANA.

¡Le amaba tanto!
¡Bernardo, Bernardo!

BERNARDO.

¡Atrás!
tu honor á volverte voy
¿y aun vacilas?

MARIANA.

Tiemblo á fé.

En el punto en que Bernardo vuelto á su hermana la dirije la anterior reconvencion, Jacobo abriendo la puertecilla falsa entra en un gabinete contiguo. Bernardo clavando el contrato en el puñal le sigue diciendo:)

BERNARDO.

Aqueste el contrato fué
y le cumplo.

JACOBO. (*Dentro.*)

¡Muerto soy!

ESCENA ULTIMA.

Ábrense por fin las puertas del fondo, y entran todos los que se suponen en el salon del baile, los

que no hallando en la escena mas que á Mariana, dicen asombrados.)

TODOS.

Cielos, y Jacobo?

BERNARDO. (*Saliendo del gabinete.*)

Aqui:

una palabra empeñó:
si él perjuro no cumplió;
yo por mi parte cumplí.

(*Algunos se dirigen al gabinete. Otros se quedan en la escena.*)

PEDRO.

¡Que veo!

MAFFEI.

¡A vengarse solo
salió de la tumba helada!

BERNARDO. (*A Mariana.*)

Conmigo ven, desdichada.

MUCHOS.

Tente!

BERNARDO.

Paso á Juan Dandolo.

Nota. Fue ejecutado este drama en el Teatro del Príncipe, por las señoras Lamadrid (Doña Teodora), Sierra, Parra y Lopez; y los señores Lombía, Alverá, Campos, Silvostri, Lumbreras, Paris, Ramirez, Cobos y Reyes.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas; en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Alicante............	*Champourcin.*
Alcoy..................	*Marti Roig.*
Badajoz..............	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Barcelona...........	*Piferrer.*
Burgos................	*Arnaiz.*
Cádiz..................	*Moraleda.*
Córdoba..............	*Berard.*
Coruña................	*Perez.*
Granada..............	*Sanz.*
Habana...............	*Urban Ramos y Alegria y Charlain.*
Jerez..................	*Bueno.*
Málaga................	*Viuda de Aguilar.*
Murcia................	*Tejada.*
Oviedo................	*Longoria.*
Orense................	*Novoa.*
Pamplona...........	*Erasun.*
Palencia.............	*Santos.*
Santiago.............	*Rey Romero.*
Sevilla................	*Caro Cartaya.*
Santander..........	*Riesgo.*
Salamanca.........	*Blanco.*
Toledo................	*Hernandez.*
Valladolid..........	*Rodriguez.*
Vitoria................	*Hermilugue.*
Valencia.............	*Navarro.*
Zaragoza............	*Yagüe.*